

Saneamiento de Poblaciones

por

SERVANDO OYANEDEL

Según los higienistas ingleses, como nada tiene valor sin la vida humana, se sigue que la salud debe ser la cosa más preciada y, en consecuencia, todos los sacrificios y gastos que sean necesarios para conservar la salud y prolongar la vida deben ser aceptados sin resistencia.

Un gran ministro inglés, Disraeli, ha dicho que «la salud pública es el fundamento en que reposa la felicidad del pueblo y la potencia del Estado, y que el cuidado de la salud pública es el primer deber de un hombre de Estado».

Los países más adelantados han comprendido que la cuestión de saneamiento de las poblaciones es de capital importancia para la salubridad pública y merece atención preferente. Dentro de este concepto, se han dictado leyes sanitarias y se han destinado cuantiosas sumas a la ejecución de obras de saneamiento.

Así, en Inglaterra, después de la ley sanitaria de 1876, se han invertido más de tres mil millones de francos en estas obras, lo que ha tenido como resultado inmediato la disminución de la mortalidad en no menos de 5 por mil, lo que representa una economía de más de 150 000 vidas al año.

El criterio práctico de los norte-americanos ha establecido que al fundarse una población debe instalarse al mismo tiempo el servicio de agua potable y el de desagües.

La influencia de las obras de saneamiento en la reducción de la mortalidad, es un hecho comprobado por la experiencia. Según Bechmann (*Distributions d'eau et Assainissement*, pag. 12) a consecuencia de estas obras la mortalidad ha bajado:

De 42 a 30 por mil en Munich
De 31.6 a 20.2 por mil en Berlín
De 30.5 a 19 por mil en Bruselas
De 31.4 a 25.6 por mil en Odessa
De 32.9 a 24.3 por mil en Buenos Aires
De 27.07 a 18.42 por mil en Leicester
De 31 a 18.5 por mil en Lucerna

Esta reducción es debida en particular a un descenso considerable de la mortalidad especial por enfermedades de origen microbiano. El efecto es particularmente notable para la mortalidad por fiebre tifoidea.

En el Anuario Estadístico correspondiente al año 1913 volumen I. Demografía, página XXI, se manifiesta que, aunque es doloroso decirlo, no hay país en el mundo civilizado que mantenga cociente mortuorio comparable al nuestro, el cual puede apreciarse claramente en el cuadro comparativo siguiente:

COEFICIENTE DE MORTALIDAD POR MIL HABITANTES.

Países	por mil	Países	por mil	Países	por mil
Chile	30.1	Austria	21.9	Inglaterra y Gales	14.6
Servia	29.3	Italia	21.4	Uruguay	14.6
Rumania	25.7	Francia	19.6	Holanda	14.5
Hungría	23.5	Argentina	18.9	Suecia	13.8
Venezuela	23.4	Alemania	17.3	Dinamarca	13.4
España	23.2	Bélgica	16.4	Noruega	13.2
Bulgaria	21.9	Suiza	15.1		

Ahora bien, si consideramos que nuestro país, a pesar de la benignidad de su clima, es el de mayor mortalidad entre los veinte países mencionados, que la reducción del coeficiente de mortalidad por mil en una sola unidad significa para nuestro país la economía de 3550 vidas al año, que la mortalidad en las ciudades es mayor que la mortalidad media del país, que según los datos apuntados mediante la ejecución de obras de saneamiento se puede obtener la reducción de la mortalidad en las ciudades a lo menos en un 20 %, se verá claramente la necesidad ineludible e impostergable de que el Supremo Gobierno se preocupe con mayor interés y destine mayores fondos para el saneamiento de nuestras poblaciones.

No sería exajerado esperar que mediante esta acción el coeficiente de mortalidad del país disminuyera a lo menos en 8 unidades, lo que significaría salvar de la muerte a más de 28 000 personas por año.

Siguiendo las apreciaciones del gran ingeniero higienista francés Durand-Claye, si admitimos que en una ciudad un hombre, en promedio desde el más alto funcionario hasta el simple obrero, recibe un salario de \$ 2000 al año, tendríamos que cada uno representa un capital de 25 000 pesos al 8 %. Si consideramos que la mitad de la mortalidad corresponde sensiblemente a hombres, tendremos que los 14 000 hombres que se arrebatarían a la muerte en cada año representarían una renta de 28 000 000 de pesos y un capital de 350 000 000 de pesos.

Este razonamiento permite apreciar la ventaja que el conjunto de la población gana reduciendo la mortalidad; pero, es claro que las consideraciones de moralidad y de bienestar deben primar sobre estos cálculos.

Parece innecesario insistir sobre la diferencia entre las condiciones físicas y morales del obrero que habita una casa sana donde permanece con agrado, y las del obrero que habita un cuarto infecto donde no hay ni aire, ni luz, ni agua y de donde escapa para encerrarse en las cantinas u otros centros de perdición.

Además, se sabe que por cada fallecimiento hay siempre a lo menos 5 casos de enfermedades graves en las ciudades y parece lógico admitir que el número de estos casos se reducirá en la misma proporción mediante las obras y disposiciones de salubridad pública.

Por consiguiente, ¡cuántos males se evitarían, cuántos gastos se economizarían y cuánto tiempo se ganaría para el trabajo!

Las observaciones que preceden justifican plenamente la realización de las obras de saneamiento de las poblaciones, en las cuales comprendemos el abastecimiento de agua potable abundante y barata, la construcción del alcantarillado y el alejamiento rápido y tratamiento de las basuras y desperdicios sólidos de la casa y de la calle.

Estas obras y las disposiciones de una sabia legislación sanitaria, concurren a evitar la contaminación del aire, del suelo y del agua, objetivos fundamentales de la higiene de la ciudad.